

# UNA HECHICERA AFRODÍTICA EN EL MARGEN DEL MUNDO

Luis Montiel

## Origen

Puede que fuera la primera conferencia que escuchaba de quien llegaría a ser mi maestro, Pedro Laín Entralgo. Me habían encantado -¡qué palabra más oportuna en el contexto de ésta que hoy pronuncio yo!- sus primeras clases de Historia de la Medicina, y por eso, con afán de aprender aún más cosas cautivadoras, acudí al Salón de Grados de la Facultad de Filosofía, donde Don Pedro iba a hablar de la aparición de vocablo *physis* en el *epos* homérico y su trascendencia para la historia de la cultura occidental, y no en último lugar, para la historia de la medicina y de la ciencia. Aquella conferencia se me quedó grabada en la memoria. Hoy, casi cuarenta años más tarde, he caído en la cuenta de que el motivo de que aquella palabra, en cierto sentido mágica, apareciera en la obra más influyente de la antigüedad, fue el peligro que corrió Odiseo por obra de las ambiguas artes de una hechicera afrodítica que moraba en el margen del mundo<sup>1</sup>: Circe. Ello me permitirá pagar aquella deuda discipular de la manera que mi maestro apreciaba más: yendo un poquito más lejos; continuando la obra a partir del punto donde él la dejó.

## La hechicera

Comencemos por lo más conocido. Circe es una diosa capaz de realizar transformaciones mágicas con la ayuda de pociones herbales cuya fórmula sólo ella conoce. Responde, así, al estereotipo de la hechicera. Una bebida preparada por ella convierte a los compañeros de Odiseo en cerdos, o más exactamente les hace “olvidar

---

<sup>1</sup> Esta caracterización de Circe pertenece a KERÉNYI, K. *Töchter der Sonne. Betrachtungen über griechische Gottheiten*. Stuttgart, Klett-Cotta.

por entero la tierra patria”, tras de lo cual, dice el narrador, “los tocó con una varita y los encerró en pocilgas”. Una bebida semejante aguarda al héroe que se dirige a la *megara* de la maga al rescate de sus hombres cuando Hermes se cruza en su camino para entregarle la *moly*, la planta que contiene el antídoto. Circe es además extraordinariamente seductora, tanto por su belleza como por la hermosura de su canto; y no debemos olvidar que esa lengua puente entre el griego y la nuestra que es el latín hace del canto la raíz de la *incantatio*. Encantar es palabra ambigua y polisémica.

Seductora; encantadora. Estos rasgos hacen de ella una hechicera que comparte rasgos con Afrodita. No es la vieja bruja que prepara pociones en el fondo del bosque centroeuropeo, cuyo aspecto atemoriza a sus posibles víctimas, a las que sólo logra emponzoñar si consigue engañarlas, sino la absolutamente atractiva joven –“de hermosas trenzas”- que invita a realizar el propio deseo de las suyas. Más adelante veremos qué otros rasgos hacen de ella una hechicera afrodítica, e incluso nos permiten remontar ambas figuras, la de Circe y la de Afrodita, aún más atrás en la corriente del tiempo. Cúmpleme ahora explicar por qué, al dictado de Kerényi, la sitúo en el margen del mundo, y qué significado tiene esta localización para la psicología más reciente.

### **El margen del mundo**

Circe es una heliada, una hija de Helios, el Sol; hija del Sol y de Perse, una oceánida, hija de Océano. Y Océano, el río circular de agua salada que rodea el mundo, es llamado “Padre de los dioses”. Si no lo es en un sentido puramente genealógico, seguramente debe este título a su condición de eterno ausente de las asambleas olímpicas: si Océano abandonara su lugar, dejara de ser el cinturón que contiene la tierra y el Olimpo de los inmortales, todo se disolvería en el caos, así que su ausencia activa es condición de la existencia de todo cuanto existe, incluidos los dioses mismos.

¿Y el Sol? ¿No es él, también, un viajero que describe un camino circular? Aparece por el este, nos sobrevuela y se hunde por el oeste... ¿hacia dónde? Hacia el inframundo, es la única respuesta posible. De noche el sol luce para los muertos. Así pues, el padre y el abuelo materno de Circe representan, cada uno en una dimensión, los límites del mundo humano y divino. Pero, además, la isla Eea, morada de la diosa, parece estar fuera del orden cósmico accesible a los pobres sentidos de los humanos: “Puesto que ignoramos dónde está el Poniente y el sitio en que aparece la Aurora, por dónde el Sol, que alumbra a los mortales, desciende debajo de la tierra y por dónde vuelve a salir...”, dice Odiseo a sus desanimados compañeros. Llevan en la isla “dos días con sus noches” y no han sido capaces de determinar los puntos cardinales. ¿Será que la isla gira también sobre sí misma según su propia y desconocida ley, o que acompaña en su movimiento a un río-mar, Océano, en lugar de estar anclada en el Ponto por el que el bajel itacense cree navegar? Una vez más es el estudioso húngaro quien nos hace saber que Kirke es la forma femenina de *kirkos*, nombre genéricamente aplicado en griego a las aves de presa que vuelan en círculos, y concretamente, en Homero, a una especie de azor. *Kirkos* es, por otra parte, el origen de las palabras latinas *circus* y *circulus*. Además, en la perspectiva del fin de esta aventura, es fácil convencerse de que sus errantes protagonistas se encuentran en el margen del mundo, o al menos muy cerca de él; pues el destino de la misma, no lo olvidemos, es en inframundo.

### ***Nekyia***

Recién desembarcados en la isla, Odiseo arenga a sus desfallecidos compañeros con estas palabras, proféticas aunque él mismo ignore que tienen tal sentido: “¡Amigos! No descenderemos a la morada de Hades, aunque nos sintamos afligidos, hasta que no nos llegue el día fatal”. Un año más tarde Circe le explicará que no puede demorar más ese

viaje, que deberá realizar antes de que le llegue “el día fatal”. De no hacerlo jamás encontrará el camino a la patria. Sólo Tiresias, el adivino ciego que posee atributos de ambos sexos, cuya alma es la única que conserva la lucidez en el reino de Hades, puede mostrarle la ruta; para regresar al punto de partida, pero, eso sí, rico en experiencias y radicalmente transformado, como señala Cavafis en su poema “Ítaca”, Odiseo no puede eludir la *nekya*, la navegación al reino de los muertos; un lugar que, sorprendentemente, parece estar muy próximo. ¿Sorprendentemente? ¡No! Pues, ¿no hemos dicho que Circe, la hechicera, vive en el margen del mundo?

Pero volvamos al episodio de la isla Eea, a la proximidad de la heliada, y a aquella anécdota de mi juventud de la que arranca mi reflexión. Circe es una protohechicera – *Urzauberin*, en palabras de Kerényi-, pero también una protodiosa. Ya hemos señalado sus rasgos afrodíticos, pero el sabio húngaro señala otro no menos importante: su dominio de las bestias salvajes, que la emparenta con una divinidad arcaica, la señora de las bestias, *Potnia theron*, algunos de cuyos rasgos comparte también Afrodita en un himno homérico, en el que la diosa asciende al monte Ida, sede de la diosa madre, Cibele. El poder del amor, sumado al manejo de los secretos del reino vegetal, somete a las bestias, las domestica, las hace amigas, y convierte a los hombres... en cerdos.

Siglos de moral sexófoba han llevado a interpretar el pasaje de la *Odisea* en el que los compañeros del héroe son transformados por Circe en estos animales como un castigo a su no revelada lascivia. Pero el caso es que bien poca lascivia puede encontrarse en las líneas homéricas que describen el episodio. Lo cierto es que un griego de la época habría reconocido fácilmente en esos animales a los pastoreados por Eubuleo, “el buen consejero”, servidor de Hades, si es que no se trata de una manifestación del propio señor del inframundo. Una piara de estos animales borra las huellas del carro del dios cuando éste secuestra a Perséfone, y en tal medida hay que

concebirlos como animales sagrados que pertenecen al reino inferior. De no ser por el mencionado prejuicio habríamos prestado más atención al hecho de que cuando Circe restituye su figura original a los camaradas de Odiseo estos se muestran “*más jóvenes aún y mucho más hermosos y más altos*”; algo que sin duda habría suscitado una sonrisa de complicidad en Carl Gustav Jung, pues este “renacimiento” a la condición humana va acompañado de una evidente mejora de la condición original. En la peripecia sufrida por sus compañeros Circe está mostrando al neófito Odiseo cuánto puede ganar si resuelve someterse a esa muerte iniciática, a ese paso por el inframundo.

Pero para que Circe revele su secreto al héroe éste necesita la ayuda de otros dioses más nuevos, más comprometidos con lo humano, menos salvajes: los olímpicos. Y es, cómo no, su mensajero, Hermes, quien lleva a cabo la misión. El de las aladas sandalias explica al guerrero que debe someter, simulando violencia, a la diosa que encarna los poderes de la naturaleza indómita, para lo cual antes debe preservarse del efecto de sus filtros mágicos mediante un antídoto, así mismo vegetal:

*“Cuando así hubo dicho, el Argifontes me dio el remedio, arrancando de tierra una planta cuya naturaleza me enseñó. Tenía negra la raíz y era blanca como la leche su flor, llamándola moly los dioses, y es muy difícil de arrancar para un mortal, pero las deidades lo pueden todo”.*

Negra y blanca. Negra la raíz, lo que se oculta bajo tierra: lo que pertenece al inframundo. Blanca la flor, lo que pertenece al mundo de la luz y de la vida. Negra y blanca, como las dos túnicas que, superpuestas, viste la señora del mundo inferior, Perséfone, según un himno órfico. El mensaje cromático de la *moly* no puede ser más explícito; pero en él hay algo que debe hacernos reflexionar. Según la expresión de Homero, la “naturaleza” de la planta, su *physis*, se corresponde con su *eidos*, su aspecto,

o más exactamente, con la lectura simbólica de dicho aspecto: blanco terrenal y negro inframundano. Las propiedades mágicas de la *moly* se deben a su pertenencia a ambos mundos; o mejor, al hecho de que la flor “blanca como la leche” nazca de la negra raíz anclada en el hades. De manera que esa palabra que aparece por primera vez en este texto resulta ser bastante menos naturalista de lo que los occidentales hemos querido pensar durante mucho tiempo; o más exactamente, si es naturalista no lo es al modo materialista, sino al psicológico.

Circe es la diosa que enseña a los hombres la necesidad de la *nekyia*, del *descensus ad inferos* para encontrar el camino hacia uno mismo, pero sus maneras preolímpicas están aún demasiado cerca de la naturaleza inconsciente, y sus pociones resultan venenosas. Tiene que llegar el viajero sagrado entre los dos mundos, el olímpico Hermes, para que el poder de la naturaleza deje de ser secreto e indomable; para mostrar a la inteligencia humana la poderosa *physis*: la de la planta *moly* y, a través de ella, la *physis* universal, “*diosa creadora de todas las cosas (...), mult creadora deidad (...), todopoderosa (...) inmortal, primigenia...*”, como la llama el desconocido autor de un himno órfico. Pero nada de esto habría llegado a ocurrir de no ser por las artes de Circe, la hechicera afrodítica en el margen del mundo.